

¿Por qué debemos leer a Aristóteles hoy?

Por Judith Swanson

El libro, “Guía del lector a la Política de Aristóteles,” escrito por la profesora Judith Swanson (con C. David Corbin, Continuum Books) fue traducida recientemente al coreano. Aquí se explica por qué los estudiantes de política aún deben encontrar Aristóteles relevante.

Las ideas de un filósofo que vivió hace 2.400 años seguramente deben ser irrelevantes. Sobre todo ahora que la ingeniería y las ciencias naturales e informáticas ofrecen soluciones para una variedad de problemas globales — sea investigando la causa del virus del ébola o combatiendo la guerra contra el terrorismo. Las ciencias duras han superado las ciencias blandas. Pero si nos damos cuenta de los aspectos en los que la ciencia de Aristóteles es duro, así como blanda, pues podemos localizar un terreno común con las ciencias contemporáneas, y al mismo tiempo, considerar las alternativas que nos ofrece.

No todos los hijos son como sus padres, pero los expertos de Aristóteles encuentran que la inclinación empírica del filósofo se trata de que su padre era un médico. Por cierto, Aristóteles fue un observador prolífico. “Vemos que,” él escribía, una y otra vez. Pero a diferencia de su padre, él observa no sólo los cuerpos humanos sino también el comportamiento y el habla, lo que las personas hacen y dicen. Son estas observaciones que lo llevó a escribir sobre la ética, la política y la retórica, así como acerca de la biología. Al mostrar que las acciones y opiniones crean convenciones, Aristóteles ayudó a establecer las ciencias sociales y a fomentar un respeto por la evidencia.

Aristóteles también comparte con las ciencias contemporáneas el impulso de darle sentido a las observaciones, organizándolas para formar conclusiones acerca de ellas, y del mismo modo utilizando la razón. Aristóteles no se limita a simplemente documentando sus observaciones, él las analiza. En su tiempo esto era una nueva y audaz empresa porque estaba en contra de las normas prevalecientes, en particular, la creencia en los dioses griegos y su poder sobre el hombre y el cosmos, algo que desafiaba la comprensión. Por lo tanto, Aristóteles muestra, igual a sus presocráticos predecesores filosóficos, Sócrates y Platón, que la razón puede ayudar en entendiendo el mundo.

En medio de tratando de entender todo lo posible desde el alma al universo, Aristóteles establece una distinción entre las ciencias teóricas y prácticas. En consecuencia, concluyó que “lo que revela al hombre instruido es el ir en busca de la certidumbre en toda clase de cosas, hasta el punto que la naturaleza del asunto lo permita” (*Ética a Nicómaco* I.3). Aunque esta conclusión no vicia la importancia que él le da a la evidencia y la razón, sí significa que no debemos esperar resultados matemáticos en los estudios de los asuntos prácticos.

Pero tampoco quiere decir, en el otro extremo, que estudios de asuntos prácticos solo pueden resultar en información y nunca ningún resultado constante o sólido. Sorprendentemente, según Aristóteles, el centro de las prácticas, la ciudad-estado — aparentemente la entidad más

completamente producido por el hombre — es natural, lo que implica que las constancias o verdades las caracterizan. Si no fuera así, no pudiera haber conocimiento sobre esta entidad y no hubiera la ciencia política. Evidentemente, entonces, la distinción entre ciencias teóricas y prácticas no es completa; no como la noche y el día, pero como el amanecer o al atardecer. Según Aristóteles, el enlace entre el conocimiento teórico y práctico es la prudencia, la virtud del hombre bueno, sea ciudadano o gobernante.

“El hombre es por naturaleza un animal político” porque tiene “la percepción del bien y del mal y justo e injusto” (*La Política* I.2)

Aristóteles dice que nosotros formamos comunidades a base de las percepciones o juicios morales que compartimos. Si no podemos parar de hacer juicios morales, entonces nunca podemos formar comunidades éticamente neutros. El reconocimiento de que la neutralidad ética o el relativismo moral no es una opción para los seres humanos pone en alto relieve la espantosa posibilidad del dogmatismo moral. De hecho una de las razones para leer a Aristóteles hoy son sus muchas y variadas representaciones de la justicia dogmática, lo que indica la necesidad de regímenes políticos participativo que combinan diversas ideas de justicia.

Aristóteles distinguió la participación como el elemento vital de la política. Un ciudadano es por definición alguien que participa en un régimen. Sin la participación de los ciudadanos, los regímenes no pueden sobrevivir. Intrínsecamente participativo, la vida política depende de la libertad y la igualdad y por lo tanto busca más de cada uno. Buscando la libertad y la igualdad, la actividad política por lo tanto tiende a crear democracias, el tipo de gobierno más común, según Aristóteles.

Él, sin embargo, señala que nuestro deseo de vivir bien comprueba la tendencia de la vida política hacia la democracia. No sólo queremos ser libres e iguales, sino también prosperar. Al inicio de *La Política*, Aristóteles dice que todas las comunidades tienen como objetivo algún bien, y la comunidad política tiene como objetivo el bien más autoritario. El resto del libro proporciona conocimientos sobre la política para ayudarnos en realizando la mejor comunidad política que nuestras circunstancias permiten.

Hoy en día, los tremendos logros de la ciencia y la tecnología aparentan como las únicas soluciones necesarias para crear la mejor comunidad política posible. Aunque Aristóteles aplaudiría nuestros avances científicos y tecnológicos y el uso vigoroso de nuestras facultades, él también nos hubiera obligado a considerar los fines morales hacia los que queremos tratar. Así, mientras que es justo preguntar, “¿por qué debemos leer a Aristóteles hoy?” puede ser justo responder, “porque necesitamos, en estos tiempos dominados por las ciencias duras, todos los consejos sano y ético que podamos conseguir.”